

NICOLÁS CABRERA

# QUE LA CUENTEN COMO QUIERAN

Pelear, viajar y alentar  
en una barra del fútbol argentino

prometeo  
libros

Cabrera, Nicolás

Que la cuenten como quieran : pelear, viajar y alentar en una barra del fútbol argentino / Nicolás Cabrera. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Prometeo 30/10, 2024.

Libro digital, PDF - (La cultura popular / Pablo Alabarces ; 5)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-631-6604-04-0

1. Etnografía. 2. Clubes de Fútbol. 3. Violencia. I. Título.

CDD 306.483

Colección La Cultura Popular

Director: Pablo Alabarces

Corrección: Laura Occhiuzzi

Diagramación: Mario Andrés Barbieri

Diseño de la colección: Brenda Vanesa Hartvig

Diseño de portada: Nina Turdo

© De esta edición, Prometeo Libros, 2022

Pringles 521 (C1183AEI), Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54-11) 4862-6794 / Fax: (54-11) 4864-3297

editorial@treintadie.com

www.prometeoeditorial.com

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Prohibida su reproducción total o parcial.

Derechos reservados.

## **Colección La Cultura Popular**

Dirigida por Pablo Alabarces

La cultura popular latinoamericana puede ser tanto un inventario infinito de textos y prácticas como un espacio –igualmente infinito– de conflictos y luchas. Y, posiblemente, sea ambos a la vez. Tiene la antigüedad del subcontinente: se carga de los sonidos del pasado y se actualiza y tensiona en cada recodo del presente. Desde mediados del siglo XX hasta nuestros días, se cruza y se alimenta con y de la cultura de masas: la prensa, la radio, el cine, la televisión, las nuevas formas de lo virtual y la digitalización. La cultura popular es, así, el lugar donde leer las jerarquías y las relaciones de poder: donde leer los eternos conflictos entre el control y la resistencia, la disciplina y la revuelta; donde leer los pliegues de las disputas raciales, de género, territoriales y clasistas, por separado o en las incontables alianzas que pueden producir.

Y el estudio de esa cultura popular latinoamericana tiene una historia tan rica como compleja, por lo menos desde mediados del siglo pasado. Con un clímax importante en las transiciones democráticas, esfumado en los noventa, revitalizado en nuestro nuevo siglo –en el encuentro de los nuevos populismos con la explosión de la cultura de masas electrónica y digital–. Esta colección pretende recuperar esa historia y actualizarla en el presente: responder a las preguntas que la cultura popular nos sigue planteando en nuestros tiempos; las preguntas de siempre pero renovadas, las novedosas pero ancladas en las tradiciones del pasado. Los viejos y los nuevos objetos: la televisión, el deporte, la música, la raza, la danza, el periodismo y las redes sociales, entre tantos otros.



# Índice

INTRODUCCIÓN .....	11
Maldición, va a ser un día hermoso.....	13
I - PELEAR .....	53
La(s) violencia(s) en debate.....	55
Capítulo 1 - Primera generación: Los Piratas del 68.....	61
Capítulo 2 - Segunda generación: tiempos de <i>bardo</i> y <i>aguante</i> .....	79
Capítulo 3 - Tercera generación: <i>solo para entendidos</i> .....	105
Capítulo 4 - Sociogénesis de una violencia .....	131
II - VIAJAR.....	149
La metáfora y la categoría .....	151
Capítulo 5 - Ciertos reyes no viajan en camellos .....	155
Capítulo 6 - De infiltrados, anfitriones y patriotas: las nuevas formas de <i>seguir a Belgrano</i> .....	181
Capítulo 7 - Derivas de la itinerancia.....	209
III - ALENTAR .....	233
Las formas elementales del hinchar .....	235
Capítulo 8 - Historia mínima de la estética pirata.....	241
Capítulo 9 - El <i>laburo</i> de los apasionados .....	283
COMENTARIOS FINALES.....	325
Bibliografía.....	337
Agradecimientos .....	351



# INTRODUCCIÓN



*Es imperativo que el sociólogo se someta al fuego de la acción in situ, que sitúe en la medida de lo posible todo su organismo, su sensibilidad y su inteligencia en el centro del haz de fuerzas materiales y simbólicas que pretende diseccionar, que se afane por adquirir las apetencias y las competencias que hacen de catalizador en el universo considerado para penetrar hasta lo más recóndito en esta “relación de presencia en el mundo, de estar en el mundo, en el sentido de pertenecer a él, estar poseído por él, en el que ni agente ni objeto se plantean como tales” y que, sin embargo, los define como tales y los une por mil vínculos tanto más fuertes cuanto más invisibles.*

**Loïc Wacquant**



# Maldición, va a ser un día hermoso

Es viernes y el sol de siempre asoma con ganas. Salvo que hoy, día de partido, parece un balón incandescente. Para las 21 horas está programado el encuentro entre Colón de Santa Fe y Belgrano de Córdoba por la tercera fecha del Torneo Inicial Capitana Evita. En la esquina Arturo Orgaz y La Rioja, en el barrio Alberdi de la capital cordobesa, no solo está el estadio del Club Atlético Belgrano, también se reúnen Los Piratas, *la barra*<sup>1</sup> que *alienta* al equipo de fútbol *celestes* desde 1968. Las rondas toman forma al giro del fernet. Las voces se pisan y compiten en volumen. La Mona y Ulises Bueno musicalizan la procesión de los que vienen llegando. Casi todos varones. Los Piratas se preparan para *viajar*, es decir, seguir a su equipo en calidad de visitante. Una doble condición justifica mi presencia: la de hincha de Belgrano y estudiante de sociología. Es 2012 y estoy finalizando mi tesis de grado sobre “la violencia en el fútbol y las barras”. El partido entre Colón y Belgrano es un anzuelo irresistible para mi curiosidad, pues, ya en la previa del encuentro, se mediatiza una polémica. La policía santafesina pide que el horario del partido se adelante por considerarlo de “alto riesgo”. La histórica enemistad entre las dos

---

1 El empleo de la cursiva se reserva para testimonios o categorías de mis interlocutores. También la utilizo para nombres de diarios o revistas. El uso de las comillas dobles procura resaltar una palabra, extractos de medios de comunicación o bien marcar cierta ambigüedad o ironía. También se utilizan para citar categorías o ideas de autores. Por otra parte, todos los nombres aquí presentados son ficticios, salvo ciertas personalidades de público conocimiento como jugadores, dirigentes, funcionarios públicos, personas fallecidas o el líder máximo de Los Piratas. Una última aclaración remite a la noción *barra*. Cuando hable en femenino *-la/s barras-* me refiero al colectivo; cuando escribo en masculino *-el/los barras-* remito a su(s) miembro(s). Apelo a la noción de *barra* porque es como se autoidentifican mis interlocutores. Rechazo el epíteto de “barras bravas” por la fuerte carga estigmatizante y condenatoria que conlleva la adjetivación.

hinchadas es el trasfondo. Finalmente, por presiones de la televisión, la petición policial es desoída y el horario se mantiene. Hay rumores de huracán. La promesa de “violencia” seduce.

Ya reunidos *en el barrio*, el día del partido, entre Los Piratas se comenta sobre una posible suspensión del encuentro por ininterrumpidas lluvias en Santa Fe. Cada uno busca la primicia en su reluciente pantalla. El murmullo se apaga cuando toma la palabra un hombre alto, de cabello nevado y hombros caídos, de esos que se parecen a una percha de placar. Lleva una campera azul sin cerrar que deja entrever una cadenita de oro. No sé si cuelga una cruz o un nombre. Sea protección u homenaje, su dorado encandila. Es el *Loco Tito*. Con casi seis décadas de vida es quien *maneja* Los Piratas, o *la primera barra*, como también se hacen llamar los muchachos del paraavalancha. Con tono firme, mímica exagerada y semblanza mandona, Tito le habla a más de 150 rostros tan atentos como mudos:

Acabo de hablar con el jefe del operativo y dice que en Santa Fe está lloviendo una banda y no saben si va a parar, la cancha tiene buen drenaje, pero el partido está en duda. Yo voy a salir, el que quiere venir que venga, pero sepa que yo a los choferes les tengo que pagar. Si el partido se suspende, la plata se pierde, de última, vemos si nos vamos a un campo y comemos un asado, pero ustedes saben cómo es que tenemos que viajar. ¿Qué quieren que hagamos? ¿Vamos?

La respuesta afirmativa es unánime y llega en canto: “Somos de la gloriosa banda de Los Piratas, la que va a todas partes, se aguanta los quilombos, a pesar de los años, los momentos vividos, sigo estando a tu lado. Che, Belgrano querido; che, Belgrano querido”. Nos repartimos en tres colectivos con destino a Santa Fe. Ya en ruta, después de casi cinco horas de viaje y a menos de 50 kilómetros de la cancha de Colón, llega la noticia final: el partido se suspende y se reprograma para el día siguiente a las 18:10. Debemos volver a Córdoba. Nadie parece muy molesto y como eco se escuchan casos similares en años anteriores. Se activa una memoria grupal. Tito sube al *bondi* en el que estoy y explica: “El partido se suspendió y se juega mañana, arreglé

con los choferes que nos cobren 3000 pesos, será 50 más cada uno mañana hay que venir, hay que venir como sea”.

Al día siguiente, sábado, el cielo amanece grisáceo y glacial. Una nueva promesa de lluvia no impide que Los Piratas llenen, de nuevo, tres colectivos hacia Santa Fe. Entre cantos, humo, bolsas y bebidas llegan rumores de incidentes que se suceden con otros hinchas de Belgrano –no miembros de la *barra*– que ya están en la provincia vecina: robos, gas policial, autos maltratados y heridos de piedras. Las distintas versiones coinciden en que la policía *liberó* las zonas aledañas al estadio e hinchas de Colón, tampoco *barras*, *emboscaron* a simpatizantes de Belgrano. Las noticias, lejos de amedrentar a los miembros de Los Piratas, o se toman sin asombro, casi con indiferencia, o despiertan excitación. Unos se refriegan las manos, otros arquean las cejas, están los que aprietan las muelas y alguien cita al Indio Solari: “Maldición, va ser un día hermoso”.

Llegamos a la cancha de Colón con el partido en marcha. Los primeros en bajar son los que *viajan* en el *coche uno*, como se conoce al colectivo donde viaja la *primera línea* de la *barra*, aquellos con más trayectoria, léase, abultado kilometraje, cicatrices de *peleas*, años de paraavalancha, extensa lista de contactos y canas peinadas. Ellos, los *barra barra*, custodian la descarga de los bienes preciados: bombos, banderas, trompetas y tirantes. Objetos sagrados que exigen recelos, pues sus pérdidas conllevan una deshonra solo comparada al orgullo que Los Piratas ostentan al cargarlos. *Todos juntos* gritan de adelante para atrás. Las filas caminan compactas, cohesionadas, firmes, duras. En los 200 metros que transitamos desde los colectivos hasta el ingreso al estadio, caminamos por las calles del barrio Fonavi de Santa Fe, una barriada inundada de monoblocks de tres pisos desde los cuales nos reciben con proyectiles y buena puntería. Tito, quien encabeza la caterva celeste, exige que nadie devuelva la agresión, *tenemos que entrar*. La gran mayoría acata la orden, pero no falta quien se sienta en la obligación de responder. La tensión se descarga con la garganta: una afinación devenida afirmación. Los Piratas se anuncian cantando:

Esta es la primera barra,  
se la aguanta de verdad.  
El que tenga alguna duda  
que nos venga a buscar.

Dentro del estadio, desde la tribuna *platea* y los edificios que nos rodean, caen piedras y baldosas. Cuento, al menos, siete heridos. Ya con la pelota rodando, siguen cayendo proyectiles, pero el partido continúa con naturalidad. La mayoría de los hinchas de Belgrano intercala la atención entre el césped y el cielo, la pelota y las piedras. No obstante, aquel grupo que está en el medio de la tribuna se preocupa y ocupa en *alentar*. Los cantos no se detienen. La *fiesta* se organiza contra toda adversidad. Se despliegan banderas: la primera en mostrarse, atada de punta a punta en el alambrado, es la que dice, en letras negras y gruesas, Los Piratas Celestes de Alberdi. Las canciones se entonan una tras otra, sin pausa, como si el silencio fuese ofensivo. *Los bombos* coordinan la vibración de los parches. La *primera línea*, erguida sobre oxidados fierros del paraavalancha, arenga *pidiendo huevos*. No hace calor, pero las pieles se muestran: las curtidas por el sol, las entrenadas con *fierros*, las estiradas a base de vino y asado. El rasgo común es que, casi todas, llevan amores y pertenencias grabadas en tinta.

Cuando promedia la mitad del segundo tiempo, un miembro de la *barra* de Belgrano irrumpe en la *platea* de Colón con el objetivo –sin éxito– de robar un *trapo*; es decir, una bandera del equipo rival. La invasión territorial y la amenaza de hacerse de un pedazo de tela, un *trofeo de guerra*, son transgresiones que invitan a la reacción. Más que un ataque, es un insulto: hay una ofensa irreversible. Segundos después del ultraje truncado, parte de la *barra* de Colón abandona abruptamente su tribuna *popular* y se dirige al sector de la *platea* que colinda con nuestra tribuna. Ahora, *plateístas* y parte de la *barra* de Colón nos arrojan proyectiles con mayor intensidad. Inmediatamente, Los Piratas responden. Lluvia de piedras sin gotas. Es un intercambio sistemático y generalizado. De golpe, sin ningún preaviso, se abre el portón de rejas que divide ambas tribunas para que los uniformados medien en el conflicto. A punta de bastones y balas de goma, hacen de cualquier cuerpo

un blanco. Cientos de hinchas de Belgrano abandonan la tribuna. Los Piratas no: *se paran*. La *barra* de Belgrano *pelea* con la policía.

El árbitro suspende momentáneamente el partido. Hinchas de Belgrano, algunos *barras* y otros no, rompen el alambrado para reclamar ante jugadores y periodistas la indignación por el trato recibido. Los bomberos intentan frustradamente neutralizar a los hinchas cordobeses con mangueras que escupen agua de alta presión. En el campo de juego, los jugadores de Belgrano se trenzan a trompadas y patadas con sus pares de Colón. Los bomberos, sin querer ser menos, se suman al escándalo. Juan Carlos Olave, capitán de Belgrano, terminará procesado “por lesiones graves y dolosas” por usar sus manos de arquero contra los dientes de un bombero santafecino. Los periodistas de *Radio Sucesos Córdoba* denunciarán que plateístas santafecinos, aprovechando la confusión generalizada, robaron parte de los equipos técnicos usados para la transmisión radial.

Calmadas un poco las aguas dentro del campo de juego, el partido se reanuda mientras en la tribuna la violencia no solo continúa, sino que se agrava. Es que la policía decide avanzar en bloque y corre hacia nosotros, lo que genera una evacuación en estampida de la tribuna. Se produce una especie de avalancha humana donde la policía sale a la caza, primero por el ingreso/egreso de la tribuna –que no tiene más de tres o cuatro metros de ancho– y, posteriormente, por las adyacencias del estadio. Fuera del predio de la cancha se desata una persecución en la que literalmente nos persiguen a palazos y balas de goma; además, desde los monoblocks, siguen arrojando proyectiles. El escenario invita a la desesperación. En ese momento, corro hacia los colectivos de la *barra* cuando, delante de mí, cae un hincha de Belgrano. Yo, que iba mirando de reojo a un policía obsesionado con mi suerte, tropiezo con el cuerpo caído, trastabillo y aterrizo en el asfalto boca arriba. Quedo tendido de espaldas al piso y con las piernas al aire. Mi verdugo avizora la posibilidad. Mide y ejecuta. Un bastón de madera engomada –o “tonfa”– se estrella contra mi pierna izquierda, entre la planta del pie y el empeine. La lesión es irreversible. Intento levantarme y no puedo, el dolor impide la pisada. El momento es traumático: “Movete, la concha de tu madre”, me grita el policía mientras balancea un bastón ya proba-

do por mí. Desde los monoblocks siguen arrojando quién sabe cuántas cosas; y yo, inmovilizado por un pie tan dolorido como hinchado. Cuando todo parece perdido, aparece uno de Los Piratas que observa, se acerca y me auxilia hasta el colectivo.

En la ruta, en los ómnibus de vuelta, todos cuentan su experiencia. Se lamentan algunas heridas, pero el balance deja un saldo positivo: hubo *aguante*. En los mismos testimonios se maldice a la policía santafesina y se degrada a los hinchas de Colón. Se trazan líneas identitarias devenidas fronteras morales. Nosotros y ellos en un juego de espejos invertidos. A 100 km de Santa Fe nos atiende una ambulancia a todos los lesionados. Entre los lastimados por balas de goma, piedrazos y palazos, cuento a quince. La doctora mira mi pie y sentencia... *fractura o fisura*. Al volver al colectivo, veo que Tito sube y pregunta: “¿Dónde está el chico golpeado en el pie?”. Al seguir el rastro de un dedo índice, me encara y dice: “¿Cómo te llamás?” –es el único momento donde el dolor se disipa ante un nerviosismo incontrolable–, respondo *Nicolás*, con voz entrecortada. “¿Cómo estás? Cuando llegues a Córdoba, andá al médico, pedí factura y ticket, la barra se hace cargo de todos los costos de tu tratamiento. Ahora los pibes te pasan mi número”. El *capo* de Los Piratas se pierde en el pasillo lúgubre de un colectivo donde ya se respira, de nuevo, una atmósfera festiva. Se acerca Simón, uno de los que siempre camina tras la huella de Tito para dictarme números que agendo con dedos temblorosos. Cuando nuestras miradas se despegan de las pantallas, me mira a los ojos para asegurarme que *todo está bien*, que me quede *tranquilo*, que “la barra no me va a dejar tirado... acá somos familia”.

Recupero la vivencia narrada a modo de disparador. Lo que me interesa introducir es el carácter construido de una *barra* argentina. Un colectivo que toma forma de manera procesual con personas que actúan en situaciones cotidianas, de las que yo, en calidad de etnógrafo, también participo. Cuando hablamos de Los Piratas, no debemos ver un “dato dado”, una “unidad preconstituida” o “una cosa en sí”. Más bien, si de antropología se trata, importa dar cuenta de cómo y por qué estos hinchas de Belgrano se perciben unos a otros como parte de un “nosotros” al mismo tiempo que se distinguen y jerarquizan de otros

“ellos” con los que trazan fronteras confusas, porosas o tan tajantes que cruzarlas conlleva la posibilidad de matar o morir. Y lo hacen actuando: *peleando, viajando, alentando*. En ese sentido, podría decirse que la curiosidad original de este libro es sobre los procesos de formación social de una *barra* argentina, la del Club Atlético Belgrano de Córdoba,<sup>2</sup> autoidentificada como Los Piratas Celestes de Alberdi.

No obstante, con la etnografía como perspectiva, mi trabajo de campo ha sido la de acompañar a personas de “carne, nervio y sentido” (Wacquant, 2006: 16); es decir, la unidad de análisis es la de individuos que experimentan subjetivamente aquellos procesos que se intentan reconstruir. Por ende, y para ser más preciso, hay que decir que el horizonte primero y último de este trabajo es el de describir y comprender cómo los miembros de Los Piratas experimentan activamente aquellos procesos que dan forma al colectivo que adhieren. Mi indagación es, entonces, sobre los procesos de adhesión de Los Piratas: ¿Qué experiencias supone el hacerse *barra*? ¿Cómo hacen para identificarse entre diferentes y jerarquizarse entre iguales?

A partir de allí se abre un sinnúmero de preguntas que irán estructurando la narrativa y que ahora podemos introducir a partir de mi “incidente de campo”: ¿Por qué esa “violencia” ubicua, generalizada y estructural que hacen del argentino el fútbol más letal de la región? Si la cadena de responsabilidades incluye presiones televisivas, brutalidad policial, incompetencia dirigencial, agresiones y robos de “hinchas comunes”, jugadores golpeando bomberos o vecinos apedreando hinchas, ¿por qué se insiste, una y otra vez, en que el problema de la “violencia en el fútbol” son exclusivamente las “barras bravas”? Resulta tan innegable la predisposición de Los Piratas para

---

2 El Club Atlético Belgrano se funda, oficialmente, el 19 de marzo de 1905. El nombre de la institución es en honor al general y prócer nacional Manuel Belgrano. El color identificatorio del club y su camiseta siempre fue el celeste, de ahí el apodo homónimo. Belgrano es considerado uno de los clubes más importantes de Córdoba, provincia argentina ubicada en la región central del país. Aunque Belgrano cuenta con una amplia infraestructura desparramada por la ciudad de Córdoba, su epicentro es el Estadio “Julio Cesar Villagra”, más conocido como *Gigante de Alberdi* debido al barrio donde se ubica. Desde su nacimiento hasta hoy permanece un lazo identitario indisoluble entre club, hinchas, barrio y ciudad.

las *peleas* como el hecho de que no son el único actor que las protagoniza. Y rebobinando, ¿siempre fue así?, ¿qué continuidades y rupturas hay en “la violencia” sufrida y ejercida en la *barra* de Belgrano durante sus 50 años de existencia?

Una mirada atenta a la cotidianeidad de una *barra* sabe que la “violencia” puede ser un punto de partida mas no de llegada. Comprender las dinámicas de Los Piratas exige ir más allá de los golpes. Llama la atención que, pese a todas las adversidades que puede tener una *barra* para seguir a su equipo de visitante –suspensiones, amenazas, retrasos, prohibiciones, gastos económicos, detenciones, peleas–, la de Belgrano está empeñada en *viajar*. ¿Cómo explicar aquella perseverancia? ¿Qué los motiva a tantas horas de ruta? ¿Tradición, goce, negocios o mandato? ¿Quién puede subirse a esos colectivos y quién no? *La barra viaja*, fundamentalmente, para *alentar* a Belgrano. Al menos, eso es lo que escuché hasta el empacho. Entonces, ¿cómo es la estética de ese aliento? ¿Qué significa el *carnaval del barrio más popular* que la *barra* se arroga producir? ¿Cómo se organiza, divide, dilapida o recompensa el tiempo que Los Piratas invierten en *alentar* a Belgrano? ¿Qué intercambios supone ese *laburo*? ¿Cómo es el organigrama de una *barra* argentina?

Los desafíos de un trabajo etnográfico no terminan con el que investigar. Igual de problemático resulta decidir qué decir, cómo narrar y cuándo callar. ¿Hasta dónde es conveniente involucrarse en contextos etnográficos atravesados por la ilegalidad o la violencia donde un “buen dato” amenaza nuestra integridad física? ¿Cómo no ser afectado por personas que, después de tanto tiempo compartido, se tornan *familia* o *amigos*? ¿Qué silencios se justifican bajo el nombre de la ética profesional o la *amistad* entre varones? ¿Qué dilemas se despiertan cuando uno es parte de lo que investiga? ¿Cómo redactar para ampliar audiencias, incluyendo, claro está, a los protagonistas de estas páginas?

Son todos interrogantes que se desprenden de un trabajo de campo basado en una experiencia etnográfica de más de seis años –con algunas pocas interrupciones entre el 2011 y el 2018– que derivó, primero en mi tesis de grado en la Licenciatura en Sociología de la Universidad Nacional de Villa María; y posteriormente en mi tesis de doctorado en

Ciencias Antropológicas de la Universidad Nacional de Córdoba. En ese período acompañé y registré las vivencias de los miembros de Los Piratas, tanto cuando acompañaban al equipo profesional de fútbol masculino los días de competición como en otras situaciones cotidianas que no tenían a la cancha como epicentro: reuniones semanales, salidas nocturnas, *picaditos* de fútbol, momentos previos o posteriores a los partidos de Belgrano, lugares de trabajo, aniversarios, cumpleaños, velorios, juntadas en el predio del club, reuniones familiares, entre otros. También se realizaron más de 30 entrevistas semiestructuradas. En esos diálogos no solo conversé con miembros de Los Piratas, también entrevisté a otros actores relevantes del denso entramado relacional en el que la *barra* de Belgrano se inserta. Me refiero a jugadores, dirigentes, funcionarios públicos, periodistas, fuerzas de seguridad, hinchas y socios y socias del club. Además, apelé a fuentes secundarias como recortes de prensa gráfica, leyes jurídicas, películas, registros fotográficos y datos estadísticos. Este libro es un hijo deseado de aquellas tesis.

Ahora bien, en pos de continuar con algunas contextualizaciones esenciales sobre mi trabajo, se impone la necesidad de sistematizar las narrativas existentes sobre las *barras* argentinas. Aunque no se trata de un “objeto preconstituido”, es cierto que estamos frente a un sujeto hablado, interpretado, cuestionado, representado, intervenido, castigado, creado. Ninguna investigación parte de un grado cero; por ende, antes de profundizar en lo propio es recomendable interpretar lo ajeno. Sobre todo en esta investigación que, aun reconociendo una deuda evidente con mis antecedentes directos, encuentra ciertas tensiones o silencios en el estado del arte que merecen ser problematizados. Hay una amplia y diversa gama de trabajos que son los cimientos de mi propuesta. Allí están las principales influencias para recuperar como así también las principales aporías para discutir.

## La invención de las *barras*

Las “barras bravas” argentinas han sido mayoritariamente descriptas, por ende, prescriptas, desde un “pánico moral”. En los programas de

televisión o en los banquillos de acusados, cotidianamente son llamados de “salvajes”, “delincuentes”, “mafiosos”, “inadaptados” o “violentos”. Aquellas incriminaciones se han tornado *vox populi* en importantes sectores de nuestra sociedad. Las narrativas que circundan a las *barras* juzgan más de lo que explican. El resultado es una obviedad: el fenómeno se aborda más como problema social y menos como problema sociológico. Y cuando la acusación anula la comprensión, solo queda la banalización de lo complejo. Rastrear este vicio de origen es imprescindible para entender las representaciones hegemónicas sobre las *barras* argentinas. También veremos que hay valiosas narrativas que, desde hace un buen tiempo, intentan contrarrestar aquellos reduccionismos reificados en el sentido común. Me refiero a trabajos de colegas que han sabido desnaturalizar más de una verdad no problematizada. De aquí en adelante presento estas discusiones, las de un estado del arte en pleno proceso de formación, por ende, en disputa. Sistematizar todo lo que se ha dicho o callado sobre las “barras bravas”, desde su irrupción en la escena pública hasta hoy, es un imposible. Lo inconmensurable de tal aventura me obliga a una selectividad tan arbitraria como pragmática.

Propongo, entonces, para contextualizar el campo semántico de mis preguntas de investigación, una revisión crítica sobre las narrativas construidas en torno a las *barras*. Estructuro el apartado en dos partes: en la primera expongo un recorrido histórico que muestra la construcción de un pánico moral en torno a estos grupos sociales. La o el lector observará que los discursos performativos sobre las *barras* se confunden con las dinámicas de la “violencia en el fútbol”. No es casual, pues aquel paralelismo exhibe mi incomodidad: las *barras* siempre son definidas, pura y exclusivamente, desde la violencia o el delito. Esta primera parte muestra, en resumen, la invención de las *barras* como problema social. En la segunda parte me detengo en las investigaciones específicas sobre las *barras*, mis antecedentes directos. Aquí, la revisión, también crítica, es más analítica que histórica. Busco mostrar la invención de las *barras* como problema sociológico al mismo tiempo que sistematizo los aportes y vacíos que aquel estado del arte ofrece a mi propia propuesta. Ambos apartados, íntimamente relacionados, deben ser leídos como los cimientos sobre los que se estructura el presente libro.

## Del problema social...

El fútbol argentino, inserto vernáculamente por las elites criollas a fines del siglo XIX, tiene una rápida difusión de “abajo hacia arriba”; es decir, por fuera de ámbitos estatales –pero con su aval– y a través de asociaciones civiles. Dicho proceso se traduce en una vertiginosa popularización y masificación del deporte. En otras palabras: se incorporan sectores medios y clases populares –masculina en su mayoría, pero no en su totalidad– como protagonistas de un espectáculo ya masivo.

Varios autores muestran que la popularización del fútbol masculino en términos de clase y su masificación en términos de espectáculo se da progresivamente entre la primera y la segunda década del siglo pasado (Archetti, 2003; Frydenberg, 2011; Reyna, 2011). En Córdoba, el Club Atlético Belgrano, que ya llevaba 14 años de vida, en el año 1929 construye su estadio en el barrio Alberdi. Por tratarse de la primera *cancha* con tribunas de cemento en la ciudad y por tener una capacidad para 10 mil espectadores, algunos años después será bautizado como “El Gigante de Alberdi”. En esta misma época nace lo que Julio Frydenberg denomina “el hinchismo”; es decir, un proceso que “permitió que el público [los hinchas] se afirmara legítimamente como actor principal del espectáculo futbolístico” (Frydenberg, 2011: 223).

Acrescentadas las identificaciones y enemistades entre clubes, las disputas territoriales, los viajes de visitante, las invasiones de campo, la deshonra en torno a la derrota, la afirmación de una masculinidad agresiva, la impotencia frente a fallos arbitrales o los abusos policiales, entre la primera y la segunda década del siglo pasado se registran los primeros disturbios y episodios de violencia que involucran a hinchas, jugadores, fuerzas de seguridad y organizadores de eventos deportivos. El 21 de octubre de 1922 se da el primer homicidio registrado<sup>3</sup> en un estadio argentino. En la cancha de Tiro Federal, Rosa-

---

3 Una aclaración sobre las estadísticas relacionadas a la “violencia en el fútbol”: no hay cifras oficiales. Por ende, la primera obligación es explicitar las limitaciones de mis datos que, como todo relevamiento cuantitativo sobre criminalidad o violencia, padece el síndrome de la “cifra negra” y el carácter manufacturado de su registro. En este caso en particular, las precauciones deben redoblar, ya que mi principal fuente es la lista de víctimas confeccionadas por la fun-

rio, Francisco Campá, protesorero de Newell's, y Enrique Battcock, obrero y exjugador de Tiro Federal, intercambian golpes en el entretiempo. Minutos después el primero descarga un balazo letal sobre el segundo. La violencia devenida en muerte, en el fútbol argentino, es tan antigua como la pelota de cuero.

Esas crecientes “incivildades” lleva a que gran parte de la prensa empiece a hablar de “barras” para colectivizar –bajo una fuerte vocación moralizadora– a los “hinchas fanáticos” que protagonizan episodios “antideportivos”, “incultos” o “vandálicos” (Reyna, 2011: 179). El primero de diciembre de 1914, el diario cordobés *Los Principios* habla de “La barra, esa barra a la que tantas veces le hemos recomendado cultura y prudencia, se portó como de costumbre, ¡mal!” (Ibídem, 203). Tanto en *Los Principios* como en *La Voz del Interior* de aquellos años, se puede ver como “las barras” son culpadas por destruir instalaciones del club, proferir frases “hirientes”, incentivar el juego brusco, protestar fervorosamente, invadir “fields”, intimidar rivales u organizar “trifulcas” (Ibídem, 204).

No se trata de un proceso exclusivamente cordobés. A partir de 1920, el diario *Última Hora* también comienza a utilizar el término “barra” (Frydenberg, 2011: 226). Ya en febrero de 1925, el diario *Crítica* titula una nota adjetivando a estos grupos de hinchas como “barras bravas” y los define como “energúmenos que solo van a los *field* con el objeto de poner de manifiesto sus bajos instintos” (ídem). Por su parte, el periódico *La Cancha*, en noviembre de 1928, propone la expulsión de aquellos socios identificados como “hinchadas salvajes, las *barras* más agresivas, brutales, fanáticas y antideportivas” (Ibídem, 172). La misma cobertura mediática se da con el segundo homicidio vinculado al fútbol argentino. En 1924, tras un Argentina 0 y Uruguay 0 por la Copa América, en la Ciudad Vieja de Montevideo, hinchas de cada país se pelean. La batalla se torna tragedia

---

dación Salvemos al fútbol que, a su vez, se basa en la cobertura mediática de los hechos. Es por eso que aquella lista debe completarse con otras fuentes secundarias, elaboraciones propias o investigaciones complementarias de colegas dedicados al tema. La lista completa está en <http://salvemosalfutbol.org/lista-de-victimas-de-incidentes-de-violencia-en-el-futbol/>.

cuando Pedro Demby, uruguayo de 22 años, muere desangrado con olor a pólvora. La prensa apunta como responsable a un tal “Petiso”, líder de “una barra argentina” residente en La Boca (Grabia, 2018).

Será entre las dos primeras décadas del siglo XX, entonces, cuando la prensa construye la noción de “barras”. Lo hace en medio de un pánico moral por la creciente violencia. En esa coyuntura nace una asociación perdurable hasta hoy: las “barras” serán los depositarios de todos los males que aquejan a nuestro fútbol. Y aquel pánico moral comienza a expandirse como mancha de tinta por todo el tejido social, tanto así que Roberto Arlt, en una de sus Aguafuertes porteñas de 1931, escribía “... dicha necesidad originó las que llamamos *barras* de hinchas, y que son como escuadrones rufianescos, brigadas bandoleras, quintos malandrinos, *barras* que como expediciones punitivas siembran el terror en los estadios (...) estas *barras* son las que en algunos barrios han llegado a constituir una mafia, algo así como una camorra, con sus instituciones, sus broncas a mano armada” (Arlt, 1967: 39).

El origen del pánico moral que asocia “violencia” y “barras” debe leerse como una reacción de las clases dominantes ante la inminente popularización del fútbol masculino. No es casualidad que comience en la década del diez y se acentúe en los años veinte, cuando las clases populares –en su mayoría varones– se incorporan al fútbol; y que se expanda definitivamente en los treinta, momento en que “las operaciones de apropiación popular de una práctica de elite están concluidas y han sido exitosas” (Alabarces, 2008: 62). Si por un lado los sectores dominantes se resguardan en cargos directivos, prensa deportiva o se mudan a otros deportes como el tenis, *rugby* y golf; las clases populares se incorporan al fútbol como jugadores o hinchas. Hay condiciones materiales que lo posibilitan. Primero, la práctica del “amateurismo marrón” que posibilita la posterior y efectiva profesionalización del fútbol masculino –1931 en Buenos Aires y 1933 en Rosario, Santa Fe y Córdoba– permite que jugadores, de origen pobre, hagan de aquel deporte un trabajo. Posteriormente, la reducción de la jornada laboral, el descanso dominical y la institucionalización del “sábado inglés” en 1932 permiten que el ocio obrero encuentre en el hinchar por un equipo una actividad recreativa predilecta. En resumen, el pánico moral que origina la construcción de

las *barras* no es otra cosa más que un espanto de clase. El pavor de las elites ante una invasión “bárbara”. Los *barras* serán, desde hace un siglo hasta hoy, los “inadaptados de siempre”, no solo por su comportamiento, sino también por estar donde no les corresponde.

Otro momento crucial en las narrativas en torno a dichos grupos se da entre la década del cincuenta y principios de los setenta del siglo pasado. Es la era donde aparecen las primeras “barras” que se autoidentifican como tales. Una de ellas será Los Piratas, la *barra* de Belgrano, nacida entre el 8 y el 9 de julio de 1968. Quien lea ya notará una obviedad histórica no siempre dicha: las muertes violentas en el fútbol se cuentan desde la década del veinte y los grupos que se autorreconocen *barras* aparecen en los cincuenta y sesenta. En otras palabras: la “violencia en el fútbol” no nace con las “barras bravas”.

Es por esos mismos años que la industria cinematográfica nacional estrena varias películas centradas en el “hincha” de fútbol.<sup>4</sup> Estas producciones van moldeando un “verdadero hincha” –siempre varón– asociado a la fidelidad incondicional, el amor desinteresado, el sacrificio, el trabajo honrado, el club como herencia familiar y un comportamiento pasional y pacífico. Se forja un prototipo ideal de hincha que tiene como antagonismo moral a “las barras”, y la prensa se hace eco de tal división. Así, el diario *Crítica*, en 1959, al mismo tiempo que define al “hincha” como aquel “que va con el propósito simple y puro de pasar una tarde sana de emoción, realizando por ello mil sacrificios” (Conde, 2005: 28); algunos años después, también dirá que en los estadios están quienes “se dicen hinchas, pero, en realidad, son peligrosos fanáticos que amalgaman esa condición con la de delincuentes y que se muestran despiadados cuando van al fútbol (ídem)”. Lo “sano” y “puro” en los hinchas, el “peligro” y la “delincuencia” en las *barras*. Diferencias que se tornan desigualdades y alimentan un pánico moral perdurable.

Amílcar Romero, precursor en las investigaciones sobre la “violencia del fútbol” y las “barras”, dedicará gran parte de sus esfuerzos intelectuales a estudiar la década del cincuenta y sesenta como momento bisa-

---

4 El hincha (1951); Somos los mejores (1968); Pasión dominguera (1969); Vamos a soñar con el amor (1971) y Tango desde el tablón (1971).

gra en la materia (Amílcar Romero, 1985; 1986 y 1994). Para el autor, en 1958, el fútbol masculino argentino entra en una profunda reestructuración producto de la crisis originada por la derrota argentina 6 a 1 ante Checoslovaquia en el mundial de Suecia. En consecuencia, nace el “Fútbol- Espectáculo”, modernizando sus estructuras y concibiendo el modelo de fútbol-empresa. Para Romero, este es el comienzo de la “violencia institucional”; es decir, de formas autoritarias que encuentran en el matar o morir un desenlace posible. Su pionero trabajo, titulado “muerte en la cancha (1958-1985)” (Romero, 1986), es fundamental en, al menos, dos sentidos: primero porque sistematiza casos dispersos dando lugar a la primera base de datos sobre víctimas fatales vinculadas al fútbol. Y segundo porque instauro a la muerte como indicador cuantificable de una violencia, hasta ahora, etérea. Romero toma al asesinato de Alberto Linker, ocurrido en un Vélez-River de 1958, como síntoma de época. Por un lado, el caso expone la impunidad de una represión policial que se torna moneda corriente en los estadios argentinos, pues Linker muere por las granadas de gases arrojadas por la Guardia de Infantería. Por otro lado, el hecho deja una editorial del diario *La Razón* en la que se denuncia la existencia de “barras fuertes” vinculadas con dirigentes de clubes y políticos influyentes.

Pero, sin duda, el caso más emblemático de esta era es el del hincha de Racing de Avellaneda, Héctor Souto, asesinado por *barras* de Huracán en 1967. Gran parte de la bibliografía especializada sostiene que, por este caso, se acuña por primera vez el término “barra brava”. Más arriba sostuve, citando a Julio Frydenberg (2011), que la noción ya había sido creada por una editorial del diario *Crítica* en 1925. Más allá de aquel dato histórico, es importante reparar en la dinámica del homicidio y sus consecuencias, ya que deja varias aristas interpretativas relevantes para mi estudio. Para empezar, la muerte de Souto es producto de una *emboscada* de la *barra* de Huracán a hinchas de Racing como consecuencia del robo de una sombrilla por parte de los segundos a los primeros. En aquella “trampa”, Souto es golpeado por una docena de *barras* de Huracán. La investigación judicial descubre que los responsables del homicidio habían entrado gratis con carnés de jugadores de la Asociación del Fútbol Argentino (AFA). Romero también cuenta,

analizando el caso, que el certificado de defunción de Souto, expedido por un médico de Huracán y el peritaje de los forenses, no registra ni una marca de golpiza en el cadáver. Además, siempre, según Romero, los *barras* implicados cuentan con un *staff* de importantes abogados. Las condenas son mínimas: el autor material recibe seis años y los investigadores, dos. En suma, Amílcar Romero perfecciona una línea interpretativa de enorme impacto en las narrativas porvenir: hay un tono denunciante hacia las “barras bravas”, que ya no actúan solas o aisladas, sino dentro de un complejo entramado de reciprocidades y actores que pactan para garantizar impunidad y extraer recursos económicos dentro de un fútbol cada vez más mercantilizado y violento.

No se sabe mucho sobre el accionar de las *barras* de fútbol durante la dictadura militar. Allí hay otro vacío por explorar. Según Amílcar Romero, durante el “Proceso de Reorganización Nacional”, ellas adquieren un rol protagónico en la vida institucional del club. Consolidan el poder expandido en las décadas anteriores. Pablo Alabarces, después de analizar algunos asesinatos del período, sostiene que, en esta época, “las barras han copiado el modelo de los Grupos de Tareas, y actúan por fuera del monopolio legítimo de la violencia por el Estado” (Alabarces, 2004: 26). Lo otro que nos dice Alabarces es que, durante la dictadura, la represión policial deja varias muertes vinculadas al fútbol. Por esos años tienen lugar las primeras víctimas fatales –registradas– que involucran a equipos cordobeses. Es el caso de Manuel Díaz y Norberto Páez, quienes mueren por balas policiales tras un partido entre Colón y Talleres. Nunca se encontraron a los culpables. Dos años después, tras un clásico entre Instituto y Talleres, asesinan a un niño de 13 años llamado Jorge Cardozo. La lista de víctimas de la ONG “Salvemos al fútbol” dice sobre este caso: “impune y ausencia casi total de datos”. Lo que queda claro es que entre la represión policial y el accionar de las *barras* hay una letalidad creciente.

El retorno a la democracia y la década de los noventa son otra bisagra en lo que respecta a las representaciones sobre *barras*. El pánico moral contra “las mafias del fútbol” llega a su ápice. En parte porque el registro de muertes se dispara estrepitosamente, ya que entre la segunda mitad de los ochenta y todos los noventa se concentran más

de la mitad del total de las víctimas fatales vinculadas al fútbol hasta entonces. En otras palabras, en los 17 años que van desde 1983 hasta el 2000 se mata y se muere más que en todo el período que va desde el primer asesinato en 1922 hasta el retorno de la democracia (Alabarces, 2004). En 1984 se consuma el primer asesinato que involucra públicamente a Los Piratas. Será dentro de un estadio tucumano mientras jugaban Atlético Tucumán y Belgrano.

En esta época también se reacciona contra las *barras* porque se perciben como el resabio de un autoritarismo en revisión ante la flamante “primavera democrática” alfonsinista. Hay dos ejemplos que ilustran la cruzada moral contra las *barras* que se radicaliza en la segunda mitad de los ochenta. El primero es el estreno de la película *Las Barras Bravas*, dirigida por Enrique Carreras y estrenada en 1985. El filme condensa todos los prejuicios y estereotipos sedimentados contra estos grupos. La primera escena muestra recortes de diarios que retratan a supuestos *barras* bajo los titulares “terror y sangre”, “el retorno de la violencia” o “incendio, robos y caos”. Acto seguido se filma a una *barra* de un equipo cualquiera, yendo a un partido en un vagón, cantando “evita, el bombo, el tren es un quilombo” y “los vamos a reventar, los vamos a reventar”. Ese mismo grupo, minutos después, golpeará varones, violará mujeres, aplastará autos, romperá alambrados, venderá drogas, portará armas y robará a ancianas. Violadores, violentos, traficantes, ladrones, asesinos, saqueadores y... peronistas son solo algunas de las imputaciones que redundan en la película.

El otro ejemplo viene del Estado, son las primeras leyes destinadas a intervenir en el “flagelo de la violencia del fútbol”. El 21 de junio de 1985 se aprueba la normativa 23.184 titulada “Régimen penal y contravencional para la violencia en espectáculos deportivos”, conocida como “Ley de la Rúa” en homenaje a su creador e impulsor, el entonces senador Fernando de la Rúa. La sanción de dicha ley inaugura fuertes continuidades perdurables hasta hoy. La primera es el carácter espasmódico de toda iniciativa estatal sobre el tema (Alabarces, 2004). Dicha ley surge como respuesta inmediata, efectista e improvisada frente a la muerte de Adrián Scaserra, un joven de 14 años asesinado por la espalda por una bala de la policía

bonaerense. Lo segundo es que La Ley de la Rúa funda una serie de trazos comunes y duraderos en las sucesivas intervenciones estatales, la policialización de los estadios y la segregación territorial de las hinchadas son algunos ejemplos (Sustas, 2013). Pero la ley también cristaliza un tratamiento específico sobre el problema en boga de las *barras*. La ley entiende a la “violencia en el fútbol” menos como un fenómeno por regular y más como un problema por erradicar, y para ello lo que se debe hacer es extirpar a los “grupos” responsables de aquel flagelo. El diagnóstico se centra en la rivalidad entre hinchas de diferentes equipos sin mencionar, por ejemplo, la represión policial que había sido una de las principales causantes de muerte en la época. Se instaure un modelo de seguridad represivo y focalizado en vez de otro preventivo e integral.

La norma 23.184 no solo no surte ningún efecto en los índices de violencia, sino que, durante toda la década del noventa, las cifras se disparan a límites inéditos. La respuesta estatal es insistir, con más necesidad que relevamiento, por la misma senda. En marzo de 1993 se sanciona la ley 24.192 que modifica parcialmente la normativa anterior. Se acentúa la culpabilidad de las *barras*, definiéndolas como un tipo social que “atenta contra la armonía y la paz en los estadios de fútbol”. Al mismo tiempo se avanza en la creación de un Registro Nacional de Infractores a la Ley de Deporte, se busca prohibir el ingreso a los hinchas con antecedentes penales. Se enfatiza la asociación entre violencia y delincuencia (ídem). En 1997 se sanciona el decreto 1466/97, basado en el modelo inglés implementado para erradicar a los “hooligans”. Se busca que todos los espectadores estén sentados y se planifica un sistema de vigilancia basado en cámaras ubicadas en las inmediaciones de los estadios a los fines de evitar el ingreso de los “violentos”. Teniendo en cuenta los propios objetivos propuestos por el decreto, el balance es contundente: lo primero fracasa, lo segundo... también. En suma, en el ocaso del siglo las *barras* son lo mismo que al comienzo: los principales culpables de una “violencia en el fútbol” creciente en su letalidad. La novedad está en que, desde el retorno a la democracia, se han tornado objeto de legislación, y siempre bajo el cuño de un punitivismo tan declarado en la retórica

como inviable en la práctica, pues, pese a prohibiciones, detenciones, juicios o adjetivaciones mediáticas, las *barras* continuarán poblando las canchas de nuestro país.

En los primeros años del nuevo siglo aparecen algunos casos de fuertes enfrentamientos entre “facciones” internas de *barras*; es decir, del mismo club. Algunas peleas son dentro de los estadios y otras afuera. La policía organiza cordones de seguridad –o “pulmones”– en ciertas tribunas a los fines de prohibir la proximidad entre sectores antagónicos. La lógica de la segregación entre potenciales enemigos, que durante los sesenta y setenta se inaugura para las hinchadas de diferentes equipos, ahora se replica para simpatizantes con la misma camiseta. En Córdoba, en el Club Atlético Talleres, lo dicho se ve nítidamente con las peleas “internas” que entablan dos facciones antagónicas de su *barra*. Una disputa que deja un muerto el 5 de septiembre del 2000 cuando miembros de la facción *La Fiel* matan a Roque Miranda de *Las Violetas*. Ocurre dentro del estadio mientras se disputa el partido Talleres vs Lanús. El resultado es la expulsión de la facción derrotada y la monopolización de la tribuna por parte del bando victorioso.

Algunos años después sucederá lo mismo en la *barra* del Club Atlético Belgrano. Como veremos más adelante, durante la primera década del siglo XXI, Los Piratas entran en una época de peleas internas. La diferencia con el caso de Talleres es que los enfrentamientos se dan, principalmente, afuera de los estadios y en días ajenos a los partidos. Nada de la violencia anterior desaparece. Las muertes entre hinchadas de distintos equipos y la represión policial continúan aunque se vea una merma en su peso relativo en relación con las muertes intrabarras (Murzi, Segura y Yoshida, 2017). En el año 2007, un hincha de Tigre es asesinado por hinchas de Nueva Chicago. La repercusión del caso conlleva a que AFA y el Estado Nacional decidan prohibir la asistencia del público visitante a todos los partidos correspondientes a las categorías de ascenso nacional. La primera división queda eximida de tal medida hasta el 2013, año en el que un hincha de Lanús es asesinado a manos de la policía en el “Estadio Único de la Plata”. Como consecuencia, la provincia de Buenos Aires decide prohibir el público visitante en todos los partidos de su territorio, sin importar la

categoría. Finalmente, en julio del mismo año, facciones internas de la *barra* de Boca se pelean a los tiros en la previa de un partido contra San Lorenzo. Con el saldo de dos muertos, la prohibición del público visitante se extiende a todo el país y a todas las categorías.

Como lo han demostrado varios trabajos, en los últimos años cambian los escenarios de los enfrentamientos y sus protagonistas (Diego Murzi, Santiago Uliana y Sebastián Sustas, 2011; Sustas, 2013; D' Angelo, 2011; Segura, Murzi y Yoshida, 2017; Cabrera, 2017b y Murzi y Segura, 2018). Se observa una relación inversamente proporcional entre las peleas de *barras* de diferentes equipos y las peleas entre *barras* del mismo club. Si los enfrentamientos entre hinchas –no solo *barras*– con diferentes camisetas fue la principal causa de muerte desde el retorno de la democracia hasta el principio del siglo XXI, las peleas entre *barras* del mismo club representan el 56 % del total de muertes vinculadas al fútbol entre 2006 y 2017 (Murzi y Segura, 2018). Ya vimos, anteriormente, que se trata de una tendencia que comienza a principio de siglo, pero que se acentúa dramáticamente a partir de la prohibición del público visitante en 2007 y 2013. Esta medida tendiente a “combatir la violencia en el fútbol” no la reduce, solo la desplaza. A falta de “enemigos” al frente, se los encontró a los costados.

Es importante aclarar que el incremento de las peleas devenidas en muerte entre hinchas del mismo equipo no solo opera en las *barras*, sino en todos los simpatizantes que asisten a los estadios. En el Club Atlético Belgrano resulta paradigmático el caso de Emanuel Balbo, un hincha celeste asesinado el 15 de abril de 2017. Aquella tarde, Belgrano jugaba de local contra el clásico Talleres en un partido oficial en el Estadio Mario Alberto Kempes, con la prohibición del público visitante vigente. En la popular Willington, al frente de la tribuna donde se ubica la *barra* pirata y donde normalmente están los hinchas de Talleres, se produjo una discusión entre hinchas de Belgrano. Oscar “Sapo” Gómez comenzó a gritar que Emanuel Balbo era un hincha de Talleres “infiltrado”; es decir, un rival pisando territorio “enemigo”, camuflando su adscripción futbolística. Varios hinchas de Belgrano comenzaron a golpearlo hasta arrojarlo

por una de las bocas de ingreso a la tribuna. A los dos días murió en el Hospital de Urgencia de la ciudad de Córdoba. Balbo no fue el primer caso de golpiza a un hincha etiquetado como “infiltrado”, pero, sin duda, fue el más espectacularizado por los medios de comunicación. Las primeras repercusiones mediáticas del caso inculparon a la *barra* de Belgrano pese a que los hechos ocurrieron en otra tribuna.<sup>5</sup> Incluso, después de ser juzgado el caso con juicio oral y público, donde se demostró y sentenció a responsables que no tenían ningún vínculo con la *barra* de Belgrano, ciertos medios de comunicación insistían en que “miembros de la barra brava pirata golpearon y arrojaron al vacío a Emanuel Balbo”.<sup>6</sup>

Volviendo a la dinámica de las peleas entre *barras*, la mutación de contrincantes coincide con un corrimiento espacio-temporal de la violencia. Si antes las peleas se desarrollaban, principalmente, dentro o en las adyacencias de los estadios durante los días de partido, ahora la mayoría de los enfrentamientos ocurren fuera de las canchas en momentos que poco tienen que ver con la competencia deportiva en sentido estricto. Este desplazamiento de las disputas lo entiendo como un proceso de “privatización de la violencia”<sup>7</sup> (Cabrera y Assusa, 2017a y Cabrera, 2018); es decir, que las peleas pasan del espacio público por antonomasia del fútbol –los estadios durante los días de partido– a ámbitos “privados” en relación con el espectáculo futbolístico: bares, bailes, barrios, plazas, domicilios particulares, recitales, reuniones de amigos, entre otros. La violencia se desplaza “tras bastidores” (Elias, 1993: 164).

El cambio de escenario también repercute en los medios empleados.

---

5 <https://www.lavoz.com.ar/ciudadanos/el-loco-tito-nego-amenazas-amigos-de-emanuel-y-lamento-la-muerte-del-hincha-de-belgrano>

6 <https://www.infobae.com/deportes-2/2019/03/08/el-sapito-gomez-fue-condenado-a-15-anos-de-prision-por-el-asesinato-de-emanuel-balbo/>

7 El concepto de privatización de la violencia es utilizado en el sentido empleado por Elias (1993) y Spierenburg (1998): no como la transferencia del monopolio de la violencia física del Estado a sectores privados producto de una hipotética mercantilización, sino como el aumento de los umbrales de intolerancia a la violencia en la vida pública cotidiana, que en el caso del fútbol serían los estadios durante los días de partido. Esta idea se retomará más adelante en el capítulo 3 y 4.

Ya vimos que las armas de fuego no son nuevas como causante de las muertes en el fútbol, pero, sin dudas, en los últimos años, se apela cada vez más a *los tiros* como mecanismo legítimo para resolver los conflictos. Hay, por un lado, más posibilidades de usar armas, ya que las *peleas*, al desbordar los partidos de fútbol como referencia espacio-temporal, también se alejan de los operativos de seguridad que rodean a los estadios. Por otro lado, estar armando parece ser una opción progresivamente escogida ante la imprevisibilidad de los enfrentamientos. Ante una violencia que aumenta gradualmente su capacidad letal, las víctimas fatales se incrementan. En nuestro fútbol, entre el período 1922-1983 mueren, en promedio, 2 personas al año; entre 1984 y 2007 hay un promedio anual de 5 víctimas; y entre el 2008 y 2018 la media roza los 10 casos al año. Con un total de 332 muertes registradas, no quedan dudas de que el fútbol argentino es el más letal de toda América Latina. En este marco, el Estado nacional no modifica en un ápice su estrategia. Su última gran iniciativa fue el truncado proyecto de ley titulado “Régimen Penal y Procesal para la Prevención y Represión de Delitos en Espectáculos Futbolísticos”. Una normativa a la que sus propios impulsores prefieren denominar “ley antibarra”.

Hasta nuestros días prima una sensación de omnipresencia e imprevisibilidad en relación con la “violencia del fútbol”. Percepción que lleva al pánico moral a las *barras* hacia niveles lisérgicos. Un contexto propicio para la expansión sin límites de la “Grabiología”; es decir, una fobia travestida de análisis que camina sobre dos pies: por un lado, todas las *barras* y los *barras* se reducen a un mismo modelo: el de mafiosos, millonarios y violentos. Se universalizan las figuras de “Rafa” Di Zeo o “Bebote”, líderes mediáticos de las *barras* de Boca e Independiente, respectivamente. Por otro lado, esa misma fobia lleva a encontrar ese modelo de *barras* en cualquier grupo organizado de los sectores populares –sindicatos, movimientos sociales, piqueteros, economías populares–. De ahí que hablen de “una sociedad barra brava”. Y ahí volvemos, de nuevo, al origen: un pánico moral que nunca dejó de ser un espanto de clase.